

LA EUCARISTÍA.

“Si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros... Sed lo que veis, y recibid lo que sois” (Serm. 272). Los textos eucarísticos de Agustín contienen una profunda riqueza teológica, pero sobre todo fundamentan una espiritualidad eucarística de la vida cristiana, personal y eclesial. Resalta el sentido real del sacramento y lo que significa la celebración de la Eucaristía. Sin duda el sacrificio de la Nueva Alianza es el sacrificio de alabanza que glorifica a Dios y es el camino a través del cual Dios muestra al hombre la salvación porque la salvación del hombre querida por el Padre se ha actuado por medio de Cristo. Y es la Eucaristía el sacramento que nos une para que podamos reconocer a Cristo. El banquete del Señor es la unidad del cuerpo de Cristo, no sólo en el sacrificio del altar, sino también en el vínculo de la paz.

La Eucaristía es el invento de Dios para dárseos totalmente, es la forma de nos pudiese ser de provecho a nosotros aquello a lo que no podíamos acercarnos, es la razón de nuestra salud: “En su cuerpo y en su sangre quiso que radicase nuestra salud”(Com. salmo 33, s.1,6). Para que esto sea saludable es necesario vivir bien: “Los que ya comen la carne del Señor y beben su sangre, mediten lo que comen y lo que beben, no vayan, según el Apóstol, a comer y beber su propia condenación... Para no comer y beber en daño irremediable suyo, vivan bien” (Serm. 132,1-2).

El pan bajado del cielo requiere hambre del hombre interior, sin tener hambre no se desea ni busca alimento alguno, pero esto significa tener hambre de justicia y santidad, en definitiva, tener hambre de Cristo: “Dejemos de lado las excusas vanas y perversas y acerquémonos a la cena que nos saciará interiormente” (Serm. 112,8). Es importante darnos cuenta que sin este alimento podemos seguir viviendo humanamente, pero no tenemos vida en plenitud y no podremos nunca disfrutar de la vida eterna, porque este alimento nos lleva a habitar en Cristo, es decir, a permanecer en Él y a dejarnos habitar. Cuando hablamos de la Eucaristía como alimento, tenemos siempre que resaltar que se trata de un alimento espiritual.

Por otra parte, la Eucaristía es también nuestro alimento y bebida apropiada para caminar en este mundo proyectados hacia la Patria, es decir, es un alimento espiritual para vencer los obstáculos de la vida. El hombre tiene hambre de verdad, de vida, de bien, de santidad..., de todos esos valores de carácter espiritual que hacen auténtico al ser humano: “Por esto, ciertamente, nos dejó nuestro Señor Jesucristo su cuerpo y su sangre bajo realidades, que de muchas de hace una sola. Porque, en efecto, una de esas realidades se hace de muchos granos de trigo, y la otra, de muchos granos de uva” (Trat. Ev. Jn. 26,17). Lo importante de esta comida y bebida no es que nos alimente más o menos, sino que nos hace inmortales e incorruptibles.

El Verbo de Dios, por tanto, en la reflexión agustiniana, además de ser Pan vivo, es Palabra vivificante, que da vida al espíritu. De hecho, nos dice que el pan de cada día, que pedimos en la oración dominical, no es otro que la Palabra de Dios, que se nos da para que viva la mente. La Palabra de Dios y la Eucaristía, son el pan cotidiano: “Danos hoy nuestro pan de cada día, para que vivamos de tal modo que no nos separemos de aquel altar” (Serm. 56,10). Cristo sintetiza en su misma persona las tres clases de panes necesarios para que el hombre pueda vivir dignamente: el pan material, para sustentar el cuerpo; el pan de la verdad o de la palabra de Dios, que está contenido en los dos

Testamentos y en la predicación de la Iglesia y el pan eucarístico, que es más eficaz que los dos anteriores y sin el cual no habría modo de vivir interiormente. Son las palabras de la consagración las que convierten el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo y, partiendo de lo que sucede en la eucaristía, invita a sus fieles a vivir la misma unidad: “Veis cómo el conjunto de muchos granos se ha transformado en un solo pan; de idéntica manera, sed también vosotros una sola cosa amándoos... También vosotros estáis dentro del cáliz. Sois vino conmigo: lo somos conjuntamente; juntos lo bebemos, porque juntos vivimos... En efecto, si quitas la palabra, no hay más que pan y vino; pronuncias la palabra, y ya hay otra cosa, ¿qué es? El cuerpo y la sangre de Cristo” (Serm. 229,1.3).

Se fija en los efectos de la Eucaristía en las personas. Es decir, Agustín, en torno al sacramento eucarístico, se mueve más en el simbolismo que en el realismo y, por eso, más que considerar la eucaristía por aquello que es, la considera en relación a los que la reciben. Por esto para él participar en el cuerpo y en la sangre de Cristo significa desear tener una relación profunda con Él, y es que “tu Dios será para ti todo. Lo comerás para no tener hambre, lo beberás para no tener sed, serás iluminado por Él para que no seas ciego, serás sostenido por Él para que no desfallezcas” (Com. Salmo 36,s.1,12). Evidentemente esto exigirá de nosotros una conversión de los corazones. La conversión es sobre todo imitar a Cristo que se humilló a sí mismo, que se hizo obediente por amor. Afirma que en el cuerpo y la sangre Cristo nos entregó su misma humildad, allí podemos aprenderla si nos acercamos con sencillez de corazón y sin pretensiones absurdas: “Nuestro Señor nos da a conocer esta humildad en su cuerpo y sangre, porque cuando nos entrega su cuerpo y su sangre, nos entrega su humildad” (Com. salmo33,s.2,4).

En la Eucaristía Cristo nos entrega su amor, que es donación plena de sí en el anonadamiento; es pobreza suma que sacia el hombre interior: “No prepares el paladar, sino el corazón... Recibimos poca cosa, pero el corazón queda repleto. No alimenta lo que se ve, sino lo que se cree” (Serm. 112,4-5). El misterio de la Eucaristía es visto como un misterio de piedad, es decir, en ella se nos revela de forma nueva el amor que Dios nos tiene, por lo que podemos hablar de la Eucaristía como misterio del amor de Dios hacia el hombre. A través de este misterio se nos revela lo que Dios ha hecho por nosotros, su entrega como precio para hacernos suyos. En este sacramento se actualiza su muerte y su resurrección. Es evidente que aquí hay un misterio, pero un misterio que exige nuestra atención para poder descubrir lo que la Eucaristía significa en la vida de la Iglesia y en la vida personal y aceptar lo que viene de parte de Dios.

En la Eucaristía se cumple una misteriosa comunión, pero porque ya se ha realizado en el misterio de la cruz y se reactualiza ahora. Cristo es el sacerdote, la víctima y el sacrificio y por ese sacrificio nosotros somos justificados. Los sacramentos son la vida de la Iglesia, edifican la Iglesia. Agustín nos dice que sólo los que están unidos al cuerpo, es decir, los que pertenecen a la Iglesia, son los que reciben adecuadamente este sacramento y reciben sus frutos: “Luego el que forma parte de la unidad de ese cuerpo, es decir, el que es miembro de ese organismo integrado por los cristianos, que comulgan habitualmente del altar en el sacramento de su cuerpo, ese es de quien puede decirse que come el cuerpo de Cristo y bebe su sangre” (C. de Dios 21,25,2). En la Eucaristía se hace presente el amor que llevó a Jesús a entregarse a la muerte.

Uno de los frutos de la eucaristía, tal vez el más importante, es la unión de la comunidad cristiana a través de la caridad. Toda la Iglesia por medio de la Eucaristía es verdadero cuerpo de Cristo, unido en la fe, esperanza y caridad de Cristo. A la vez, esta fe, esperanza

y caridad, son la condición para recibir dignamente la Eucaristía: “Recibidlo, pues, de manera que penséis en ello, mantengáis la unidad en el corazón y tengáis siempre vuestro corazón fijo en lo alto” (Serm. 227). En el fondo de lo que se trata es de identificarse con Cristo, de participar de la vida de Cristo: “Comer aquel manjar y beber aquella bebida es lo mismo que permanecer en Cristo y tener a Jesucristo, que permanece en sí mismo” (Trat. Ev. Jn. 26,18). Entre la Eucaristía y el amor a la unidad hay una estrecha relación. Agustín identifica el comer y el beber el cuerpo y la sangre con el vivir; se como y se bebe la vida, este es el gran misterio de la Eucaristía: “Coman la vida, beban la vida. Comer esto es rehacerse; pero en tal modo te rehaces, que no se deshace aquello con que te rehaces. Y beber aquello, ¿qué cosa es sino vivir? Cómete la vida, bébete la vida; tú tendrás vida sin mengua de la Vida. Entonces será esto, es decir, el cuerpo y la sangre de Cristo será vida para cada uno” (Serm. 131,1).

Nos invita a “dar testimonio de la sangre que hemos recibido” (Serm. 181,7). Esto quiere decir que la Eucaristía nos debe llevar, en la vida de cada día, a responder de la sangre de Cristo, no podemos ser ya indiferentes, como no lo es Caín de la sangre de su hermano. El principio general de la doctrina sacramental agustiniana está en una cierta semejanza, sin la cual no se tienen sacramentos. Él habla con frecuencia de la relación Eucaristía-Iglesia y nos muestra una Iglesia unida en torno a la única Eucaristía, es más, el cuerpo del Señor lo entiende, al mismo tiempo, como pan eucarístico y como Iglesia, creando entre ellos una profunda unidad. Entre el cuerpo de Cristo eucarístico y eclesial hay una vinculación íntima, una identificación misteriosa. Resume esta identificación en el término comunión, que desborda la comunión eucarística para convertirse en comunión universal de una misma vida y de un mismo cuerpo eclesial, a la vez que del cuerpo y sangre del Resucitado como cabeza. La comunión es en primer lugar la unidad de la Iglesia que debe después plasmarse y encontrar su consumación en la celebración sacramental de la misma comunión vivida. Agustín incluso afirma que alimentarse del cuerpo de Cristo presupone ser cuerpo de Cristo o pertenecer a ese cuerpo. La unidad eclesial es la concordia.